

los niños como la molicie. En primer lugar, aquel que se concede todos los goces permitidos ó no culpables, será muy débil cuando se trate de rehuserse los que le están prohibidos; pero además, creemos saber que para ciertos temperamentos más nerviosos y más excitables, que tanto abundan ahora, hay hasta un peligro inmediato y real en ciertos cuidados excesivos de *toilette* ó de la cabellera. Y como los niños no se dan todavía cuenta de esas cosas, ni aun bajo el punto de vista de la conciencia, y como nada expone tanto la fuerza del temperamento y el vigor del carácter, esto debe ser un motivo suficiente para dedicarle toda la atención posible.

¡Que se tengan cuidados excesivos, sobre todo para las niñas, ya suficientemente en peligro de llegar á ser verdaderas sensitivas! Para ellas serán más tarde, más frecuentes las incomodidades, más serios los peligros; y con la molicie las predisponéis mal para esas duras pruebas. Y eso sería envenenar á la vez que su existencia, la existencia de aquel con quien se unan. Cuando, á consecuencia de costumbres adquiridas desde temprano, sólo busquen en el porvenir la satisfacción de todas sus comodidades, ¡ á qué espantosa decepción las expondréis si no tienen nada de lo que se necesita para resignarse, y para conservar la igualdad de ánimo y el rostro sonriente que todos deseamos ver en nuestro derredor!

#### IV

#### La lucha contra las pasiones

Cuando el niño ó el joven ha combatido la tendencia á hacer su propia voluntad, el arranque involuntario que le aleja del trabajo, y el impulso natural de todo lo que halaga y contenta sus deseos, ha hecho ya mucho para la formación de su voluntad. Le queda sin embargo mucho que hacer todavía, debe luchar contra sus pasiones propiamente dichas, contra esas explosiones de orgullo, de cólera y de sensualidad que son tan temibles. Estos son enemigos que se disfrazan y cuyos proyectos es preciso desenmascarar, proyectos que tienen el privilegio de seducir y que es preciso combatir.

Los antiguos decían que el que sabe vencerse es más fuerte que el que toma ciudades y fortalezas. ¿Quién de nosotros no conoce esa ruda experiencia? ¿Quién no ha tenido que luchar muchas veces, y desgraciadamente, con la certidumbre de que la lucha no se acabará nunca? No es este lugar para extenderse respecto á semejante asunto; pero se nos permitirá observar de paso, que precisamente esa lucha contra las inclinaciones desarregladas, es la que distingue al hombre del animal. Importa mucho persuadir á los jóvenes



de que para ellos, este es el medio infalible de elevarse y afirmarse.

Vengamos á la aplicación. Seguramente no es firme é inquebrantable aquel á quien el elogio puede seducir y embriagar, ó la injuria desconcertar ; pues para el orgulloso, lo esencial es satisfacer su vanidad, y el que sabe halagar su amor propio estará siempre seguro de hacerlo capitular. Sí, el orgullo es una debilidad, y ¿quién de nosotros no se ha permitido alguna vez la diversión poco caritativa de hacer la prueba en otro, cuando nos prometíamos tener razón de sus feroces resistencias, de hacer sonreír su rostro hurraño y aun de triunfar de sus demás pasiones acariciando ésta ? Y esto es exacto, ya sea que obre por pequeñeces de vanidad, ya por oleadas del orgullo propiamente dicho, del orgullo despreciativo y altanero. ¿Estará pues en plena posesión de sí mismo y conservará la medida única que constituye la verdadera fuerza, aquel que se embriaga con su excelencia tanto que todo lo sacrifica á ella ? No hay punto de apoyo sólido fuera de la justicia, y no conocemos hombres más dispuestos á pisotear la justicia que los orgullosos. Así es que cuando se sienten en ese terreno movedizo, podrán á fin de estar en pie hacer, si queréis, prodigios de energía y habilidad ; pero si no quieren sentirse derribados por una obstinación ciega, deberán ceder fatalmente, y esto será lo más acertado aun cuando cueste á su

orgullo. Todo el mundo sabe además que nada desanima tanto en una empresa como las dificultades encontradas, después de fanfarronerías que hacen ridículo en caso de fracaso ; mientras que la modestia del que hace lo que puede sólo compromete su amor propio, hasta donde es preciso para animarlo, é interesa á quien lo ve en la obra.

Como dijimos al principio, la violencia no es la firmeza, como tampoco la arrogancia es dignidad. Los niños están más expuestos que nadie á ese extravío de carácter, y precisamente es ese un signo de debilidad, porque, como lo hace notar Monseñor Dupanloup, en su libro sobre la educación, los niños débiles son necesariamente como niños violentos. Esto se comprende y vamos á permitirnos justificar el pensamiento del gran escritor. Quiere decir que el que es blando y débil podrá ser violento, y lo será precisamente porque es blando y débil. Recíprocamente, de una manera más general, puede decirse que el que es violento, será débil por la misma razón. Y he aquí por qué : el que es blando tiene evidentemente menos trabajo para abandonarse á un acceso de furor que le hace perder el gobierno de sí mismo, y le cuesta más soportar con calma lo que importuna su quietud ; así como á un jinete le cuesta más trabajo contener á un caballo vicioso que soltarle la rienda. Y que no se diga que se necesita fuerza para arrebatarse ;



pues este recurso se encuentra en el fondo de cada naturaleza sin excepción, y forma, permítasenos la palabra, parte del animal, es la rebelión instintiva de la vida contra la muerte; á nadie le falta, pero no constituye la fuerza humana, pues ésta está contenida y dirigida en la condición indispensable de su existencia y de su utilidad. Una comparación explicará mejor nuestro pensamiento: si el vapor de una máquina en lugar de estar contenido y dirigido hacia el émbolo, hiciese estallar la caldera, ¿no perdería la máquina en esos momentos toda su fuerza? Sería un peligro evidente ante todo para el que la gobernase; pero repetimos que su fuerza se perdería en el momento mismo de la explosión. De la misma manera que la locomotora, el organismo humano no está destinado á estallar y á ser destruído, sino á caminar y á obrar, y si hay alguna comparación exacta, es esta, puesto que con frecuencia la fuerza interior se va con las palabras violentas y las manifestaciones exteriores.

Y de hecho hay mucho menos energía moral en dejarse arrebatar por un acceso de violencia y de cólera que en contener un sentimiento que se compromete y se debilita necesariamente con esa explosión inconsiderada y seguida de una reacción inevitable. Recuérdese aquel atleta de la antigüedad, que llevaba un objeto frágil dentro del puño cerrado, y desafiaba á su adversario, ya á que le hiciese abrir el puño, ya á que le comprimiase los

dedos de manera que rompiesen lo que éstos protegían.

Tener la mano cerrada, es cosa muy sencilla; pero conservarla cerrada contra todo esfuerzo, sin apretar, es cosa poco común. La verdadera fuerza es la fuerza contenida y dueña de sí misma; que se enseñe á los niños para que éstos se den cuenta de que los esfuerzos empleados no serán nunca inútiles.

Los consejos que deben darse á los jóvenes, respecto á la voluptuosidad, son más delicados y difíciles, por la razón evidente de que lo esencial consiste en no enseñar al niño nada de lo que no sabe; pero cuando se trata de alguno bien informado, es preciso advertirle que ningún decaimiento de la voluntad es comparable al decaimiento del libidinoso, porque no hay ser más tiranizado que él.

No hay debilidad ni bajeza, por vergonzosa que sea, á la que no acabe por resignarse estúpidamente, tan incapaz así es de luchar, cuando ha contraído una costumbre. Así es, que se hace necesario á toda costa evitar las primeras caídas; por lo menos conjurar las recaídas, y si no se puede conjurarlas totalmente, alejarlas por lo menos.

Como es necesaria mucha buena voluntad en el niño, es necesaria también mucha paciencia en el maestro, para que éste no se desaliente y tenga en



cuenta todos sus esfuerzos. No es aquí el lugar propio para hablar de las consecuencias físicas que hay que entrever, ni de los medios preventivos que deben emplearse, como el ejercicio corporal, la distracción continua del espíritu, etc., etc. Nos contentaremos con agregar, que aun para los niños cuyo candor está fuera de duda, hay peligros serios en una inclinación viva hacia un discípulo, cuando dicha inclinación puede atribuirse á motivos frívolos y se manifiesta de una manera apasionada.

Regularmente es que se despierta un instinto confuso, y cuyo peligro no disminuye con cierta buena fé.

Prevéngase amigable y prudentemente á esos niños; la prohibición y la amenaza son como aceite arrojado al fuego; no lleguéis á esos extremos sino en caso de peligro cierto y formal. De todos modos, para esos niños, ninguna lucha es tan difícil como esa; pero tampoco ninguna es tan fortificante, y por eso debe animarse.

## V

### La constancia en el sufrimiento

Ninguna edad se halla libre del sufrimiento; muchas veces; ay! hemos podido ver cuerpecitos débiles y enfermizos, torturados por atroces dolo-

res físicos, y corazones que parecían preservados por los años, destrozados por terribles pesares. Entonces, es cuando los padres y maestros deben apelar á toda su razón y á sus sentimientos de ternura y de fuerza, para que, por una parte, esos niños se sientan aliviados y consolados, y para que por la otra, esas pruebas decisivas no pasen inútilmente por sus almas.

Los buenos resultados se pagan demasiado caros, para que no se les sacrifiquen esas pruebas; pues aseguramos que se obtienen excelentes resultados.

Vigilad los sollozos del niño, es la vibración del acero que se temple, no comprometáis con vuestra incuria tan importante operación. Evidentemente, que los cuidados del educador deben variar como la ocasión que los provoca; entremos en algunos detalles.

Podemos clasificar en el número de los pesares más vivos del niño, la repulsión que le manifiesten sus discípulos, las intriguillas y cábalas de que fuera objeto, y que acabarían por aislarle. Seguramente que nuestro primer deber consiste en iluminar su inexperiencia, en buscar con él el origen de esas desazones, en enseñarle á ser más reservado, quizá menos inhábil para el porvenir; pero también tenemos la obligación de sostenerle.

Participemos de su pena, cuidando de no excitar